

**RELATOS
DE LOS HÉROES
GRIEGOS**

**ROGER LANCELYN
GREEN**

Traducción del inglés de
José Sánchez Compañy

Ilustraciones de Alan Langford

Las Tres Edades Ediciones Siruela

ÍNDICE

Nota del autor	9
Dioses y diosas de la antigua Grecia	13
Mapa con la ruta de los argonautas	14

RELATOS DE LOS HÉROES GRIEGOS

1. La llegada de los Inmortales	21
2. Hermes y Apolo	33
3. La historia de Prometeo	45
4. De cómo Zeus y Hermes fueron de visita	57
5. Tifón el Terrible	69
6. Las aventuras de Dioniso	81
7. Perseo, el matador de la Gorgona	93
8. El nacimiento de Heracles	107
9. La elección de Heracles	119
10. El comienzo de los Trabajos	129

11. La historia de Admeto	143
12. Los viajes de Heracles	155
13. Las Manzanas Doradas y el Perro del Infierno	167
14. Las aventuras de Teseo	181
15. La búsqueda del Vello de Oro	193
16. El retorno de los argonautas	207
17. Meleagro y Atalanta	219
18. La primera caída de Troya	231
19. La guerra de los Gigantes	239
Epílogo	251

NOTA DEL AUTOR

Las historias de los mitos y leyendas de la antigua Grecia se han contado y vuelto a contar en innumerables ocasiones, y de todas las formas posibles: desde breves poemas hasta novelas de gran extensión. Las aventuras de los Héroes se pueden encontrar en infinidad de libros, el más famoso de los cuales quizás sea *Los héroes*, de Charles Kingsley, o *Los cuentos de Tanglewood*, de Nathaniel Hawthorne.

Sin embargo, en este libro he querido presentar los viejos relatos de forma diferente. Mis predecesores han cogido historias independientes y las han reelaborado de diversas maneras, aunque en general dejándolas aisladas. Mi pretensión ha sido dar coherencia a los relatos de la Edad Heroica fundiéndolos en uno solo, que es como concebían los antiguos helenos su mitología.

El resultado, que lleva la historia desde los mitos de la creación del universo hasta la muerte de Heracles, ha sido la reunión en una secuencia de algunos de los relatos más famosos del mundo. Como aquí no se trata de presentar un bosquejo de mitología griega, las historias han crecido o perdido importancia según se iban entrelazando unas con otras. De esta forma, los grandes ciclos heroicos, como los

de Perseo, Teseo o los argonautas, han exigido capítulos dedicados a ellos en exclusiva; mientras que otras aventuras más breves, si bien famosas, como las de Orfeo y Eurídice o la del rey Midas, se han convertido en incidentes incrustados en historias más extensas. A pesar de ello, no creo haber dejado fuera muchos de los episodios más conocidos, como las desgracias de Edipo y las subsiguientes expediciones contra Tebas; o algunas de las «metamorfosis», como las de Narciso o Jacinto, que serían en realidad epígrafes de un Diccionario Clásico, aunque haya narradores que basándose en Ovidio los desarrollen en historias autónomas.

Pero sí que falta una serie completa, la más importante de todas: «La historia de Troya». Ocurre que al ser un ciclo de tal importancia y longitud, me ha parecido procedente darle su propio tratamiento aparte, y se puede encontrar en el libro *La historia de Troya* [Siruela, 2006], en esta misma colección. La muerte de Heracles marca una línea divisoria lógica en los mitos de la Edad Heroica; las epopeyas posteriores forman parte de la gran saga de Helena de Esparta, el sitio y la caída de Troya, y los viajes y retornos de Odiseo y de los demás Héroes, lo cual demanda un volumen aparte.

Estaría fuera de lugar una lista detallada de mis fuentes: se trataría de un vasto elenco de autores y referencias que recorrería los dos mil años de literatura griega que separan a Homero de Eustacio. Unas veces los diálogos siguen los originales griegos, y otras son producto de mi imaginación, aunque he intentado, en la medida de lo posible, basarme honestamente en mis numerosas fuentes. He seleccionado, aunque quiero pensar que sin falsificar los originales. Puedo haber inventado diálogo, pero sin añadir ningún incidente; tampoco he alterado ninguna leyenda, a pesar de haber omitido los detalles que me han parecido inoportunos.

Hay dos pequeñas excepciones a esta regla. La primera

es la supresión del nombre de la «esposa-hechicera» que trata de envenenar a Teseo a su llegada a Atenas: si se hubiera tratado de Medea, Teseo difícilmente hubiera podido contarse después entre los argonautas. La segunda es que he seguido a Kingsley al permitir que el viejo criado, el único hombre que se ajustaba exactamente a la Cama de Procrustes, advirtiera a Teseo; *quizás* Kingsley dispusiera de una autoridad para este detalle, pero yo no he sido capaz de encontrarla.

Por lo demás me he atenido rigurosamente a las autoridades clásicas para este libro. De hecho, aunque a veces he utilizado a un autor latino para alguna descripción o aspecto menor, puedo afirmar que tengo una fuente griega antigua para cada uno de los episodios, excepto el de Caco.

Finalmente, casi resulta innecesario indicar que he recurrido a los nombres propiamente griegos para los dioses de la Antigua Grecia. La costumbre de utilizar sus equivalentes latinos se ha superado completamente durante los últimos cien años, aunque perdure en las reimpressiones de Hawthorne. No obstante, en deferencia a la tradición literaria general, he usado las transcripciones latinizadas – Febo Apolo en lugar de Feibo Apolo; Eurídice en lugar de Eurídike, y así sucesivamente–. He añadido una lista con las versiones latinas de los nombres de los dioses y diosas, para evitar a los lectores posibles confusiones al encontrarse con estas formas extrañas.

Pero sin duda los dioses y héroes de la antigua Grecia jamás deberían resultarnos ajenos. Sus historias forman parte del patrimonio de la humanidad, son pieza básica de nuestra literatura, nuestro lenguaje y nuestro pensamiento actual. Ni podemos empezar con ellas demasiado pronto, ni jamás deberíamos dejarlas atrás según pasamos de este tipo de versiones adaptadas a la lectura de los autores

griegos auténticos, al principio en las traducciones inglesas de Lang, Murray o Rieu; y luego, si tenemos suerte, a los hermosos ecos del griego original. Una vez encontrada, la mágica maraña de los viejos mitos y leyendas griegas es nuestra por derecho, y nuestra de por vida... en lo bueno y en lo malo.

Viejas figuras de canciones que no mueren
Hechizarán los salones de la memoria.

Roger Lancelyn Green

DIOSES Y DIOSAS DE LA ANTIGUA GRECIA

Griego	Latino
Afrodita	Venus
Ares	Marte
Artemisa	Diana
Asclepio	Esculapio
Atenea	Minerva
Crono	Saturno
Deméter	Ceres
Dioniso	Baco
Eos	Aurora
Hades	Plutón o Dis
Hefesto	Vulcano
Helio	Sol
Hera	Juno
Heracles	Hércules o Alcides
Hermes	Mercurio
Hestia	Vesta
Perséfone	Proserpina
Poseidón	Neptuno
Rea	Cibeles
Selene	Luna
Zeus	Júpiter

Apolo, Pan¹ y Hécate reciben el mismo nombre en las dos tradiciones.

¹ Algunas tradiciones identifican al dios griego Pan con el romano Fauno. (*N. del T.*)

HERACLES Y LOS ARGONAUTAS

..... Ruta de los Argonautas





**RELATOS
DE LOS HÉROES GRIEGOS**

Dedicado a la memoria de Emily y Gordon Bottomley

Un tiempo hubo en que cruzamos los mares, en el *Argo*
navegando en pos del Vello cino,
el lejano fulgor y el canto prevaleciendo
sobre los dragones guardianes de antaño.

Hemos vagado entre islas donde aún reverbera
el fragor antiguo del Egeo,
y arrancado los capullos sin ajar que para nosotros
brotan en la colina de las Musas.

Basado en Eurípides, *Hipsípila*

1
LA LLEGADA
DE LOS INMORTALES

¿Qué formas son estas que se acercan
tan blancas a través de la sombra?
¿Qué vestidos, que aventajan
el brillo de la retama de dorada flor?

Cantan primero al Padre
de todas las cosas, y luego
al resto de los Inmortales,
la acción de los Hombres.

Matthew Arnold, *Empédocles en el Etna*



Si alguna vez tienes la fortuna de visitar la hermosa tierra de Grecia, encontrarás un país hechizado por más de tres milenios de historias y de leyendas.

Imponentes montañas que bajan resbalando por empinadas laderas hasta el más azul de los azules mares. Y entre las montañas, valles adornados de verde y plata con las hojas de un millón de olivos, dorados de trigo al comienzo del verano y luego pardos y blancos cuando el ardiente sol todo lo seca. Hasta los anchos ríos se convierten en rumbosas corrientes que dudan por los lechos de piedras grises y amarillas.

En invierno y al comienzo de la primavera los montes se adornan de nieve, la bruma oculta las tierras altas y los ríos se vuelven torrentes que rugen hacia los grandes golfos y bahías: entrantes del mar que dividen Grecia en regiones aisladas con la misma contundencia con que lo hacen las montañas.

Al recorrer el territorio griego cuando termina la primavera, al dejar atrás las bulliciosas ciudades, retrocedes a los días antiguos. En las verdes cuestas que remontan hasta las elevadas cimas de los más altos picos: el Parnaso, el Taigeto o el Citerón, puedes sentarte e imaginar que retrocedes a la época en que no era extraño dar con un Inmortal arriba de un monte, entre los campos de olivos o en un valle solitario.

A lo lejos un cabrero toca su flauta para el rebaño, las mágicas notas flotan en el cálido silencio. Seguro que es Pan, mitad hombre y mitad cabra, protector de los primeros pastores.

Entre las hojas de olivo se vislumbran los restos de un templo con sus columnas grises, doradas o blancas. Cada montón de ruinas tiene su propia historia: leyenda o relato inventado, quién lo sabe, basado quizás en algún olvidado suceso.

Por el mar azul, con sus bandas del color del vino púrpura, se ven las islas esparcidas en la distancia. También ellas tienen algo que contar. ¿Será aquélla Delos, tal vez? Nadie vive allí ahora, pero los vestigios de ciudades y templos, de puertos y teatros, salpican la costa y la cima de la colina en que nacieran Apolo, el Centelleante, y su hermana Artemisa, la Doncella Cazadora. ¿O puede que sea la abrupta y rocosa Ítaca? La isla de la que zarpó Odiseo hacia la guerra de Troya, y a la que volvió tras diez años de vagar por extraños mares preñados de quimeras.

Con la sobrecogedora belleza de Grecia como marco, no es de extrañar que los antiguos griegos creyeran que las montañas y los valles, los bosques y los ríos, el mismísimo mar, estuvieran habitados por Inmortales. Ninfas del bosque que bailaban entre los árboles, o ninfas del agua que se deslizaban en las rumorosas corrientes: hadas de tamaño humano que no morían y que tenían poderes vedados a

los hombres. También ninfas marinas –sirenas, aunque no todas tuvieran cola de pez– y extraños seres de las ignotas profundidades tan crueles y feroces como el mismo mar cuando se desataba la tormenta. Y también un rey, más poderoso aun que las ninfas, el Inmortal llamado Poseidón, que surgía de entre las aguas en su carro tirado por caballos de blanca espuma, blandiendo su tridente: la lanza de tres puntas que era su cetro, el emblema de su poder.

En la tierra también había poderes Inmortales. Apolo, refulgente como el sol, señor a la par de la música y la poesía; Artemisa, la Cazadora, protectora de todas las cosas salvajes; el feroz Ares, el señor de la guerra, cuyo temible alarido resonaba en el fragor de la batalla, cuando volaban las lanzas y las espadas de bronce o hierro chocaban contra escudos y yelmos; Atenea, la Inmortal Señora de la Sabiduría; la amable Diosa Madre, Deméter, que hacía crecer el trigo y nacer a los jóvenes corderos, con su hermosa hija Perséfone, obligada a pasar la mitad del año en el Reino de los Muertos mientras el oscuro invierno se extendía sobre la tierra.

También estaba Afrodita, Señora Inmortal del Amor y de la Belleza, con su hijo Eros, que disparaba las flechas invisibles que desataban la pasión en los jóvenes pechos; estaba Hefesto, más diestro que ningún mortal forjando el bronce, el oro y el hierro, cuya fragua se hallaba en la isla de Lemnos, con un volcán como su horno-chimenea; estaba Hermes, el de alados talones, el veloz mensajero, más astuto que cualquier humano; y Dioniso, que insuflaba tal poder a las uvas que se podían fermentar en vino para gozo y descanso de la humanidad; y la tranquila Hestia, Señora del hogar y guardiana de su fuego, pues la lumbre era el corazón de la casa en los días en que no era fácil hacer brotar la primera llama.

Éstos y algunos más eran los Inmortales, y grandes eran

sus poderes, aunque también ellos estaban sometidos a leyes y tenían un señor que se las imponía. Y éste no era otro que Zeus, el Rey del Cielo y de la Tierra, que blandía la centella y que era el padre de los Mortales y de los Inmortales. Su Reina era Hera, Señora del Matrimonio y protectora de los niños. Zeus tenía poder sobre todos los Inmortales, aunque rara vez lo ejercía sobre sus dos hermanos: Poseidón, Señor del Mar; y Hades, Señor de los Muertos, cuyo reino de sombras se extendía por debajo de la tierra.

Los «Dioses», llamaban los griegos a estos Inmortales, y los adoraban ofreciéndoles sacrificios en sus templos: a Zeus en Olimpia, a Apolo en Delfos, a Atenea en Atenas, y así con todos ellos. Cuando empezaron a contar sus historias, tenían una idea muy vaga de cuál podía ser su aspecto, y de forma natural los imaginaron parecidos a ellos mismos, aunque mucho más poderosos, hermosos y libres. Tampoco les resultaba extraño que dioses y diosas pudieran ser crueles o mezquinos, falsos, egoístas, celosos e incluso malvados, según nuestras propias ideas, tal como ellos mismos lo hubieran sido de haber disfrutado de sus prodigiosas facultades.

Otra cuestión es que los griegos de cada pequeño reino y ciudad, y de cada una de las islas, tejían su propia red de relatos, sin conocer las que se contaban al otro lado del mar o más allá de las montañas. Más tarde, cuando los aedos empezaron a viajar de lugar en lugar y la escritura se fue haciendo más común, la gente trabó contacto con los habitantes de otras partes de Grecia, percatándose entonces de que muchas historias no coincidían.

«Hera es la esposa de Zeus», proclamaban los habitantes de Argólide. «¡Tonterías!», replicaban los de Arcadia, «¡se casó con Maya y de su unión nació un hijo llamado Hermes!». «¿De qué estáis hablando?», protestaban los de

Delfos o los de Delos, «¡Leto se llama la esposa de Zeus, y tuvo con ella dos hijos, Apolo y Artemisa!».

Y bien, sólo había una solución posible para tanta confusión. Acordaron que Zeus debía haber tenido muchas esposas. Pero Hera, siendo la más importante de las Inmortales, era obviamente la auténtica Reina del Cielo y, como le hubiera sucedido a cualquier mujer en esas circunstancias, sentía unos celos terribles.

En aquellos primeros tiempos los griegos tenían varias esposas, igual que los habitantes de Egipto, o los de Turquía y la India hasta muy recientemente. Sin embargo en Grecia solía haber una única esposa legítima, las demás eran siervas, mujeres capturadas en la guerra que cada vez más eran consideradas como meras esclavas; bien tratadas, pero forzadas a hacer lo que se les ordenaba.

De esta forma no era difícil concebir a Zeus o a Apolo comportándose igual que Teseo, rey de Atenas; y por supuesto, ahí estaban los reyes de Asia, que siempre habían dispuesto de harenes bien surtidos. En Asia se encontraba Troya, y lo más normal era que el rey Príamo tuviera cincuenta hijos, siendo Hécuba, la reina de Troya, tan sólo la principal de sus esposas.

Cada una de las pequeñas polis griegas, o ciudades-estado, tenía su propia familia real; y a cada una de ellas le gustaba hacer remontar sus ancestros hasta uno de los dioses. Lo mismo sucedía en Inglaterra hace mil años: a Alfredo el Grande le gustaba imaginar que descendía de Odín, que para sajones y daneses ocupaba el mismo lugar que Zeus había tenido en el panteón griego. De hecho, si atendemos a los cronistas medievales, ¡la propia familia real inglesa, hasta la soberana reinante hoy en día, puede trazar su ascendencia por una parte hasta Odín y por otra hasta Antenor, pariente del mismísimo rey Príamo de Troya!